



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES DE VIAJE

EXPOSICION.

No hay viajero que no crea deber dar cuenta á sus lectores de los motivos de su viaje. Yo miro con mucho respeto á mis célebres antecesores, desde Bougainville, que dió la vuelta al mundo, hasta Maistre, que dió la vuelta á su cuarto, para no seguir su ejemplo.

Además, se hallarán en mi exposicion, por corta que ella sea, dos cosas muy importantes que en vano se buscarian en otra parte: una receta contra el cólera y una prueba de la infalibilidad de los periódicos.

El 15 de abril de 1832, al volver á mi casa de acompañar hasta la escalera á mis dos buenos y célebres amigos, Litz y Boulanger, que habian pasado la noche en precaverse conmigo contra el azote reinante, tomando sendas tazas de té negro, sentí que

me faltaban las piernas de pronto : al mismo tiempo se desvaneció mi vista con un vértigo, y sentí frío en toda mi piel. me agarré á una mesa para no caerme : tenia el cólera.

Si era el asiático ó europeo, epidémico ó contagioso, es cosa que completamente ignoro ; pero lo que sí sé muy bien, es, que conociendo que no podría ya hablar cinco minutos mas tarde, me apresuré á pedir azúcar y éther.

Mi criada, que es una muchacha muy inteligente, y que me habia visto algunas veces despues de mi comida mojar un poco de azúcar en ron, presumió que le pedia una cosa parecida. Llenó un vaso de licor de éther puro, colocó sobre la abertura del vaso el terron mas grande de azúcar que pudo encontrar, y me lo trajo, en el momento en que acababa de acostarme tiritando con todos mis miembros.

Como ya comenzaba á perder la cabeza, extendí maquinalmente la mano : sentí que me ponian en ella alguna cosa, al mismo tiempo oí una voz que me decia : *Tragad eso, señor, que esto os sentará bien.* Arrimé esta cierta cosa á la boca, tragué lo que contenia, es decir, me lio frasco de éther. Decir la revolucion que sentí en mi persona cuando este diabólico licor atravesó mi garganta, es cosa imposible, porque al punto perdi el conocimiento. Una hora despues volvi en mí : hallábame envuelto entre mantas, tenia una botella de agua caliente á mis piés : dos personas llevando cada una en la mano un calentador lleno de fuego, me daban friegas en todas las coyunturas. Hubo un momento

en que me creí muerto y en el infierno : el éther me abrasaba el pecho por dentro : las friegas me hacian estar por fuera hecho un mar de sudor : en fin, al cabo de un cuarto de hora el frio se confesó vencido, y los médicos declararon que ya me hallaba en salvo. Era ya tiempo : dos friegas mas y me hallaba completamente asado.

Cuatro dias despues vino á sentarse á la cabecera de mi cama el director del teatro de la Puerta de San Martin. Su teatro estaba aun mas malo que yo, y el moribundo llamaba en su auxilio al convaleciente. Mr. Harce me dijo que necesitaba en quince dias á mas tardar, una pieza que al menos le produjese cincuenta mil escudos : añadió para determinarme, que el estado de excitación en que me hallaba por la fiebre era muy favorable para los trabajos de imaginacion, atendida la éxalacion cerebral que era su consecuencia.

Me pareció tan concluyente esta razon, que inmediatamente puse manos á la obra : le di su pieza al cabo de los quince dias : le produjo cien mil escudos en lugar de los cincuenta mil, verdad es que estuve á punto de volverme loco.

Este trabajo forzado y violento no era propio para restablecerme : así es que apenas podia tenerme en pié, tan débil me hallaba aun, cuando supe la muerte del general Lamarque. A la mañana siguiente, fui nombrado por su familia uno de los comisarios del entierro ; mi cargo era hacer tomar á la artillería de la guardia nacional de que yo formaba parte, el sitio que le correspondia en el cortejo fúnebre segun la jerarquia militar.

Todo París ha visto pasar aquel entierro, sublime por el órden, el recogimiento y el patriotismo. ¿Quién cambió aquel órden en desórden, aquel recogimiento en cólera, aquel patriotismo en rebelion? Eso es lo que yo ignoro ó quiero ignorar hasta el día en que la monarquía de julio tenga que dar, como la de Carlos IX, sus cuentas á Dios, ó como la de Luis XVI sus cuentas á los hombres.

El 9 de junio leí en un periódico legitimista que yo habia sido cogido con las armas en la mano, en la asonada del claustro de Saint-Méry, juzgado militarmente durante la noche y fusilado á las tres de la madrugada.

La noticia tenia un carácter tan oficial, la relacion de mi ejecucion, que decian habia sufrido con el mayor valor, se hallaba tan detallada, los datos venian de tan buen origen, que yo mismo dudé un instante: era además grande la conviccion del redactor: por la primera vez hablaba bien de mí en su periódico: era, pues, evidente que me creia muerto.

Me quité la ropa de la cama, púseme de un salto en el suelo y corrí á colocarme delante de un espejo para darme á mí mismo pruebas de mi existencia. En aquel momento abrieron la puerta de mi alcoba y un criado me entregó una carta de Carlos Nodier, concebida en estos términos:

« MI QUERIDO ALEJANDRO ,

» Acabo, hace un momento, de leer en un periódico, que habeis sido fusilado ayer á las tres de la

madrugada, tened la bondad de avisarme si esto os impedirá el venir mañana al Arsenal á comer con Taylor. »

Hice decir á Carlos que en cuanto á si eslaba muerto ó vivo nada podia responderle, en atencion á que yo mismo aun no tenia sobre ello una opinion fija, pero que en uno ú otro caso contase con que al dia siguiente iria á comer con él, y que así no tenia mas que estar preparado como don Juan á obsequiar la estatua del Comendador.

Al dia siguiente quedó bien comprobado que yo no estaba muerto: sin embargo, no habia ganado gran cosa en el cambio, porque me hallaba siempre muy malo; lo que viéndolo mi médico, me receló lo que un médico receta siempre cuando ya no sabe qué recetar.

Un viaje á Suiza.

En su consecuencia, el 21 de julio de 1832, tomé la diligencia y salí de París.

MONTEREAU.

A la mañana siguiente, mientras el convoy dejaba sus viajeros en Montereau, y les concedía una hora para desayunarse, yo fui á visitar aquel puente doblemente histórico, que con cuatro siglos de distancia fué testigo de la agonía de dos dinastías, de las que la una se salvó por un crimen, y la otra no pudo salvarse por una victoria.

Estas dos páginas de nuestra historia son demasiado importantes para que las dejemos en blanco en nuestro album de viaje: en su consecuencia nuestros lectores tendrán la bondad de echar con nosotros una rápida ojeada sobre la posición topográfica de la ciudad de Montereau, á fin de que los hagamos asistir á los acontecimientos que en ella se han verificado, y en los que Juan-sin-Miedo y Napoleon han representado los principales papeles.

La ciudad de Montereau está situada á veinte leguas casi de París, en la confluencia del Yonne y del Sena, donde el primero de estos dos rios pierde

su nombre uniéndose con el otro: si se sube por él saliendo de París el curso del rio que lo atraviesa, tendrá al llegar á la vista de Montereau á la izquierda la montaña de Surville que coronan las ruinas de un viejo castillo, y al pié de la montaña una especie de arrabal separado de la ciudad por el rio.

Enfrente se descubrirá figurando el ángulo mas agudo de una V, y casi en la posición en que se encuentra en París la punta del Puente Nuevo, una lengua de tierra que va ensanchándose siempre entre el rio y la orilla que la rodea hasta el nacimiento del Sena, cerca de Baignieux — los judíos.

A la derecha se desplegará la ciudad toda entera, graciosamente recostada en medio de sus casas y de sus viñedos, cuya alfombra matizada de verde y amarillo, cual una capa escocesa, se extiende hasta perderse de vista sobre las ricas llanuras de Gatinais.

En cuanto al puente que tan importante lugar ocupa en los acontecimientos que vamos á tratar de referir, saliendo de izquierda á derecha une el arrabal con la ciudad, y atraviesa el rio sentando uno de sus macizos estribos sobre la punta de tierra de que hemos hablado.

JUAN-SIN-MIEDO.

El 9 de setiembre de 1419, sobre la parte del puente que atraviesa el Sena, y bajo la inspeccion de dos hombres, que sentados cada cual á cada lado del parapelo, parecian tener igual interés en la obra que delante de ellos se hacia por unos trabajadores protegidos en su trabajo por algunos soldados que impedian aproximar al pueblo, levantaban con gran priesa una especie de palco de madera que se extendia á todo lo ancho del puente, y casi á una longitud de unos veinte piés. El mas viejo de los dos personajes que nos hemos representado como presidiendo á la construccion de este palco, parecia como de unos cuarenta y ocho años de edad. Su cabeza morena cubierta de largos cabellos negros, córtados á la redonda, hallábase cubierta de un sombrero de tela de color oscuro, rodeado de una cinta á modo de faja, cuyas puntas flotaban libremente al viento. Hallábase vestido de un gaban de paño parecido al del sombrero, cuyo forro de

color verde se dejaba ver en el cuello, en la extremidad inferior y en las mangas: de estas mangas anchas y caidas, salian dos robustos brazos que protegia uno de esos duros vestidos de alambre que llamaban cota de malla. Estaban cubiertas sus piernas con largas botas, cuyo extremo superior desaparecia debajo del gaban, y cuyo extremo inferior manchado de barro, atestiguaba que la precipitacion con que se habia ocupado en venir á presidir la construccion de aquel palco no le habia permitido mudarse su traje de viaje. De su cinturón de cuero pendia, con cordones de seda, una larga bolsa de terciopelo negro, y al lado de ella, en lugar de espada ó de daga, de una cadena de hierro, una pequeña hacha de armas adamasquinada de oro, cuya punta opuesta al filo representaba con un primor que honraba al artista de cuyas manos habia salido, una cabeza de halcon sin capuz.

En cuanto á su compañero, que apenas parecia de edad de veinte y cinco á veinte y seis años, era un hermoso jóven vestido con esmero, que á primera vista parecia incompatible con la sombría preocupacion de su espíritu. Tenia su cabeza inclinada sobre su pecho, cubierta con una especie de casquete de terciopelo azul forrado de arminio: un broche de rubíes sujetaba en él los cañones de muchas plumas de pavo real, cuyas puntas agitaba el aire cual un plumaje de esmeraldas, zafiros y de oro. De su sobretodo de terciopelo encarnado, cuyas mangas caian guarnecidas de arminio como su sombrero, salian cruzados sobre su pecho sus brazos cubiertos de una tela tan brillante que parecia un

tejido de hilo de oro. Completaba este vestido un pantalon azul, ajustado, sobre cuyo muslo izquierdo habia bordadas una P y G, coronadas con un casco de caballero, y unas botas de cuero negro forradas de lana encarnada, con su extremidad exterior doblada hácia fuera, y las puntas de la polaina desmesuradamente retorcidas, cual se llevaban en aquella época.

Por su parte el pueb'o miraba con gran curiosidad los preparativos de la entrevista que debia tener lugar á la mañana siguiente entre el delfin Carlos y el duque Juan: y aunque fuese unánime el deseo de la paz, eran diversas las palabras que murmuraban, porque existia en el ánimo de todos mas temor que esperanza: la última entrevista que habia tenido lugar entre los jefes de los partidos delfinés y borgoñon, á pesar de las promesas hechas por una y otra parte, habia tenido tan desastrosas consecuencias que se tenia por un milagro la reconciliación de los dos príncipes. Sin embargo, algunos ánimos mejor dispuestos que los otros creian ó aparentaban creer en el feliz éxito de la negociación que iba á tener lugar.

— ¡Pardiez! decia con las dos manos puestas en la cintura abarcando la redondez de su vientre, un hombre grueso, de rostro alegre, fresco y colorado como una rosa de mayo: ¡pardiez! dicha ha sido que monseñor el delfin, á quien Dios guarde, y monseñor de Borgoña, á quien protejan todos los santos, hayan elegido la ciudad de Montereau para venir á jurar en ella la paz.

— Sí, ¿no es verdad, tabernero? respondió dán-

dole una palmada sobre el punto culminante del vientre, su vecino menos entusiasta que él: sí, es gran dicha, porque esto hará caer algunos escudos en tu escarcela y el granizo sobre la ciudad.

— ¿Porqué? dijeron muchas voces.

— ¿Porqué ha sucedido así en Ponceau? ¿porqué terminada apenas la entrevista estalló un huracan tan terrible en un cielo donde no se divisaba ni una nube? ¿porqué cayó el rayo sobre uno de los dos árboles al fin de los cuales se habian abrazado el delfin y el duque? ¿porqué hizo pedazos aquel árbol sin tocar al otro de tal modo que aunque procedian de un mismo tronco, cayó el uno herido del rayo al pé de su hermano que permaneció derecho? Y mira, añadió Pedro extendiendo la mano, ¿porqué cae en este momento nieve, aunque no estamos mas que á 9 de setiembre?

Cada cual á estas palabras alzó la cabeza y vió efectivamente revolotear sobre un cielo gris los primeros copos de aquella nieve precoz que debia, durante la noche siguiente, cubrir como una mortaja todas las tierras de la Borgoña.

— Razon tienes, Pedro, dijo una voz de mal agüero es eso y anuncia cosas terribles.

— ¿Sabeis lo que eso anuncia? replicó Pedro: que al fin Dios se cansa de los falsos juramentos que hacen los hombres.

— Sí, sí, eso es verdad, respondió la misma voz; pero ¿porqué no descarga el rayo sobre los perjuros mas bien que sobre un pobre árbol que no tiene culpa de nada?

Esa aclamacion hizo levantar la cabeza al mas

jóven de los dos señores, y en aquel momento sus ojos se fijaron sobre el palco en construccion. Uno de los trabajadores ponía en medio de este palco la valla que debía, para seguridad de cada cual, separar los dos partidos. Parece que esta medida de precaucion no obtuvo la aprobacion del noble asistente, porque su rostro pálido se puso encendido: y saliendo de la aparente apatía en que se hallaba, de un salto se puso en medio del palco y entre los trabajadores con una blasfemia lan sacrilega, que el carpintero que comenzaba á clavar la valla la dejó caer y se santiguó.

— ¿Quién te ha mandado poner esa valla, miserable? le dijo el caballero.

— Nadie, monseñor, replicó el trabajador temblando y confundido: nadie, pero es costumbre.

— Esa costumbre es una tontería, ¿lo oyes? á ver, tira ese pedazo de madera al rio. Y volviéndose á su compañero de mas edad: ¿En qué estábais pensando, dijo, señor Tanneguy, que le dejábais hacer eso?

— Yo estaba como vos, señor Gyac, respondió Duchatel, tan preocupado, á lo que parece, del suceso, que olvidaba los preparativos.

Durante este tiempo el trabajador, para obedecer la órden del señor de Gyac, habia arrimado la valla contra el parapeto del puente y se preparaba á tirarla al rio, cuando salió una voz de entre la multitud que contemplaba esta escena: era la de Pedro.

— Es igual, decia dirigiéndose al carpintero, tú tenias razon, Andrés; y ese señor no dice bien.

— ¡Hola! dijo Gyac, volviéndose hácia él.

— Si, monseñor, continuó tranquilamente Pedro, cruzándose los brazos: digais cuanto querais: una valla es la seguridad comun: es una cosa de mucha precaucion cuando debe haber una entrevista entre dos enemigos, y esto se hace siempre.

— ¡Sí, sí, siempre! gritaron tumultuosamente los hombres que los rodeaban.

— ¿Y quién eres tú, dijo Gyac, para atreverte á tener un parecer contrario al mio?

— Soy, respondió friamente Pedro, un ciudadano del departamento de Montereau, libre en su persona y bienes, y que tiene desde muy jóven la costumbre de decir muy alto su parecer sobre cualquier cosa, sin cuidarse de que sea contrario ó no á otro mas poderoso que él.

Gyac hizo el ademan de echar la mano á su espada: Tanneguy le contuvo por el brazo.

— Estais loco, señor mio, dijo levantando las espaldas. ¡Arqueros! continuó Tanneguy, haced evacuar el puente, y si esos tunantes oponen alguna resistencia, os permito que os acordeis que teneis un arco en la mano y una porcion de flechas.

— Está bien, está bien, señores míos, dijo Pedro, que colocado el último tenia trazas de sostener la retirada: está bien, nos retiramos; pero puesto que os he dicho mi primer parecer, preciso es que os diga el segundo: es; que se prepara en este lugar una buena traicion: Dios reciba en su gracia la víctima y tenga misericordia de los asesinos!

En tanto que se cumplian las órdenes de Tanneguy, los carpinteros habian abandonado el palco ya acabado, y guarnecian con vallas cerradas por fuer-

tes puertas los dos extremos del puente, á fin de que únicamente las personas de la comitiva del delfin y del duque pudiesen entrar en él: diez por cada parte debian de ser estas personas, y para la seguridad personal de cada uno de los jefes, el resto de las gentes del duque debia ocupar la orilla izquierda del Sena y el castillo de Surville; y los partidarios del delfin la ciudad de Motereau y la orilla derecha del Yonne. En cuanto á la lengua de tierra de que hemos hablado y que se encuentra entre los dos rios, era un terreno neutral que no debia pertenecer á nadie: y como en aquella época, á excepcion de un molino aislado á la orilla del Yonne, aquella península se hallaba completamente deshabitada, se podia fácilmente asegurar que no habia alli preparada ninguna sorpresa.

Cuando los trabajadores hubieron concluido las vallas, dos pelotones de hombres armados, cual si no hubiesen aguardado mas que aquel instante, se adelantaron simultáneamente para ocupar sus posiciones respectivas: uno de estos pelotones compuestos de ballesteros llevando la cruz roja de Borgoña en la espalda, vino mandado por Jacobo de la Lima, su gran maestro, á apoderarse del arrabal de Montereau, y á colocar centinelas en el extremo del puente por donde debia llegar el duque Juan: el otro formado de soldados diferentes, se extendió en la ciudad y vino á poner guardias en la valla por donde debia de entrar el delfin.

Durante este tiempo, Tanneguy y Gyac habian continuado su plática: pero en cuanto vieron estas disposiciones tomadas, se separaron.

Gyac, para volver á tomar el camino de Bray, sobre el Sena, donde le aguardaba el duque de Borgoña, y Tanneguy Duchatel para ir al lado del delfin de Francia.

Horrible fué la noche, á pesar de lo poco avanzado de la estacion cayeron seis pulgadas de nieve que cubrieron el suelo. Todos los frutos de la tierra se perdieron.

Al dia siguiente, 10 de setiembre, á la una de la tarde, el duque entró á caballo en el patio de la casa donde se habia alojado. Tenia á su derecha al señor de Gyac, y á su izquierda al señor de Noalles. Su perro favorito habia aullado lamentablemente toda la noche, y viendo á su amo dispuesto á marcharse, se lanzó fuera de su covacha donde estaba atado, con los ojos ardientes y erizado el pelo: en fin, cuando el duque se puso en marcha, hizo el perro un violento esfuerzo, rompió su doble cadena de hierro, y en el momento en que iba el caballo á pasar el umbral de la puerta, se arrojó sobre el pecho del caballo y le mordió tan cruelmente que se levantó de manos, y casi hizo perder los estribos al duque. Gyac impacientado quiso separarlo con un látigo que llevaba, pero el perro sin hacer caso de los golpes que recibia se arrojó de nuevo sobre la garganta del caballo del duque: este creyéndole rabioso, tomó un hacha de armas que llevaba en el arzon de la silla y le partió con ella la cabeza. Dió un grito el perro y fué rodando á espirar sobre el umbral de la puerta, como para impedir aun su paso: el duque con un suspiro de pesar hizo saltar á su caballo sobre el cuerpo del fiel animal.

Veinte pasos mas lejos un anciano judío, que era de su servidumbre y que se ocupaba en la magia, salió de pronto de detrás de una pared, detuvo el caballo del duque por la brida y le dijo :

— Monseñor, no paseis mas adelante.

— ¿Qué me quieres, judío? le dijo deteniéndose el duque.

— Monseñor, replicó el judío, he pasado la noche en consultar los astros, y la ciencia dice que si vais á Montereau, no volveréis. Y tenia al caballo del bocado para impedirle pasar adelante.

— ¿Qué dices tú de esto, Giac? dijo el duque volviéndose á su jóven favorito.

— Digo, respondió esté poniéndose colorado de impaciencia, digo que este judío es un loco, á quien es menester tratar como á vuestro perro, si no queréis que su inmundo contacto os obligue á hacer penitencia ocho dias.

— Déjame, judío, dijo pensativo el duque, haciéndole dulcemente seña de que le dejase pasar.

— ¡Atrás el judío! gritó Giac echando su caballo sobre el anciano y haciéndole rodar á diez pasos de distancia : ¡atrás! ¿no oyes á monseñor que te manda sueltas la brida de su caballo?

El duque pasó la mano sobre su frente como para apartar una nube de ella, y echando una última mirada sobre el judío tendido sin conocimiento sobre el camino, continuó su marcha.

Tres cuartos de hora despues el duque llegó al castillo de Montereau. Antes de bajar del caballo dió orden á doscientos hombres de armas y á cien arqueros de que se alojasen en el arrabal y rele-

vasen á los que la víspera habian dado la guardia á la cabeza del puente.

En aquel momento Tanneguy se llegó hácia el duque y le dijo que el delfin le aguardaba en el lugar de la entrevista hacia una hora. El duque respondió que iba á ir allí : en el mismo instante uno de sus servidores vino corriendo todo asustado y le habló en voz baja. El duque se volvió hácia Duchatel.

— ¡Vive Dios! dijo, que hoy todos se han concertado para hablarme de traicion. Duchatel, ¿estás bien seguro de que no corre ningun riesgo nuestra persona? porque hariais muy mal en engañarnos.

— Mi temido y respetable señor, respondió Tanneguy: muerto y condenado me vea yo si quisiese haceros traicion á vos ó á cualquiera otro : no tengais ningun temor, porque el delfin no os quiere mal.

— ¡Está bien! iremos, pues, dijo el duque, fiándonos en Dios : alzó los ojos al cielo; y en vos, continuó, fijando sobre Tanneguy una de aquellas penetrantes miradas que solo eran propias de él. Tanneguy la sostuvo sin bajar la vista.

Entonces este presentó al duque el pergamino en que estaban escritos los nombres de los diez hombres de armas que debian acompañar al delfin : hallábanse escritos en el orden siguiente :

El vizconde de Narbona, Pedro de Beauveau, Roberto de Loira, Tanneguy Ducheul, Barbazam, Guillermo le Bouteillier, Guy de Avangour, Olivier Layet, Vavenous y Frottier.

Tanneguy recibió en cambio la lista del duque.

Los que habia llamado al honor de acompañarle , eran :

Monseñor Carlos de Borbon , el señor de Noalles, Juan de Fribourg , el señor de San Jorge , el señor de Montagu , Antonio de Vergi , el señor de Ancre, Guy Pontarlier, Carlos de Lens y Pedro de Gyac. Además cada uno debia de llevar consigo á su secretario.

Tanneguy se llevó esta lista. Detrás de él se puso en camino el duque, para bajar desde el castillo al puente : habíase apeado , tenia cubierta la cabeza con un sombrero de terciopelo negro, llevaba por toda defensa una cota de malla sencilla, y por arma ofensiva una débil espada ricamente cincelada y con puño de oro.

Al llegar á la valla, Jacobo de la Lima le dijo que él habia visto entrar en una casa de la ciudad , inmediata á la cabeza del puente , á muchas gentes armadas, y que al verle á él cuando con su tropa habia tomado posicion , aquellas gentes se habian apresurado á cerrar las ventanas de la casa.

— Id á ver si eso es verdad, Gyac, dijo el duque. Aquí os aguardaré.

Gyac tomó el camino del puente, atravesó las vallas, pasó por medio del palco de madera, llegó á la casa designada y abrió su puerta. Tanneguy daba allí instrucciones á una veintena de hombres armados de todas armas.

— ¡ Y bien! dijo Tanneguy al verlo.

— ¿Estais dispuestos? dijo Gyac.

— Sí, ahora ya puede venir.

Gyac se volvió á donde estaba el duque.

— El gran maestre ha visto mal , monseñor , le dijo, no hay nadie en la casa. El duque se puso en camino. Pasó la primera valla, que inmediatamente se cerró detrás de él. Esto le dió algunas sospechas, pero como vió delante de él á Tanneguy y al señor de Beauveau que habian salido á su encuentro, no quiso retroceder. Prestó su juramento con voz firme, y enseñando al señor de Beauveau su ligera cota de malla y su débil espada :

— Ya veis, señores como vengo : además, continuó volviéndose hácia Ducheul y dándole un golpecito en la espalda : *Hé aquí en quien yo me fio.*

El jóven delfin hallábase ya en el palco de madera en medio del puente : llevaba un vestido de terciopelo azul claro guarnecido de martas, un gorro, cuya copa estaba rodeada de una pequeña corona de flores de lis de oro : la visera y las alas con forro igual al del vestido.

Al divisar al príncipe desvaneciéronse las dudas del duque de Borgoña, dirigióse derecho á él, entró en la tienda y notó que contra todos los usos y costumbres no habia valla en medio de ella para separar á los dos partidos; empero sin duda creyó que seria un olvido, porque ni aun hizo esta observacion. En cuanto entraron detrás de él los diez señores que le acompañaban cerraron las dos vallas.

Apenas habia en aquella estrecha tienda espacio suficiente para que las veinte y cuatro personas que en ella se hallaban encerradas, pudiesen mantenerse ni aun de pié. Borgoñones y Franceses, hallábanse mezclados hasta el punto de tocarse unos

á otros. Quitóse el duque su sombrero y dobló la rodilla delante del delfín.

— He venido á vuestras órdenes, monseñor, dijo; aunque algunos me habian asegurado que esta entrevista no habia sido pedida por vos sino para hacerme reconvenções, yo espero que esto no sea así, monseñor, puesto que no las he merecido.

Cruzóse de brazos el delfín sin abrazarle, ni levantarle del suelo, como habia hecho en la primera entrevista.

— Os habeis engañado, señor duque, le respondió con voz serena: sí, tenemos graves reconvenções que haceros, porque habeis cumplido mal la promesa que nos habeis hecho. Vos habeis dejado tomar mi ciudad de Pontoize que es la llave de París; y en lugar de acudir á la capital para defenderla ó morir allí, cual debíais como súbdito leal, habeis huido á Troyes.

— ¡Huido, monseñor! dijo el duque estremeciéndosele todo el cuerpo á esta ultrajante expresion.

— Sí, huido, repitió el delfín, recalcando la palabra. Habeis...

Levantóse el duque, no creyendo sin duda deber escuchar mas, y como en la humilde postura que habia tomado, una de las cinceladuras del puño de su espada se le hubiese enredado en una malla de su cota, quiso volver á hacerla tomar su posicion vertical, el delfín dió un paso hácia atrás, no sabiendo cuál era la intencion del duque al tocar su espada.

— ¡Hola! echais mano á vuestra espada en pre-

sencia de vuestro señor, exclamó Roberto de Loira, arrojándose entre el duque y el delfín.

Quiso hablar el duque. Bajóse Tanneguy y recogió de debajo de la alfombra el hacha que la víspera pendia de su cinturón, despues levantándose cuanto pudo: *Ya es tiempo*, dijo, alzando el hacha sobre la cabeza del duque.

Vió el duque el golpe que le amenazaba, quiso pararlo con la mano izquierda, en tanto que llevaba la derecha al puño de su espada: no tuvo tiempo de sacarla; el hacha de Tanneguy cayó, derribando la mano izquierda del duque, y hendiéndole con el mismo golpe la cabeza desde la mejilla hasta debajo de la barba.

Permaneció aun un instante en pié derecho el duque, cual una encina que no puede caer. Entonces Roberto Loira le hundió su puñal en la garganta dejándosele allí clavado.

Dió un grito el duque, extendió los brazos y fué á caer á los piés de Gyac.

Hubo entonces una terrible gritería, y una horrosa refriega, porque en aquella tienda en donde dos hombres apenas hubieran tenido espacio para pelear, veinte hombres se arrojaron unos sobre otros. Hubo un momento en que no se pudo distinguir sobre todas aquellas cabezas mas que manos, hachas y espadas. Gritaban los Franceses, ¡mata! ¡mata! ¡á muerte! Gritaban los Borgoñeses, ¡traicion! ¡traicion! ¡al arma! Saltaban las chispas con el choque de las armas, corria la sangre de las heridas. Asustado el delfín habia echado la mitad del cuerpo fuera de la valla. Llegó á sus gritos el presi-

dente Louvet, se lo echó á su espalda, lo sacó fuera, y lo arrastró casi desmayado hácia la ciudad. Su vestido de terciopelo azul estaba todo chorreando de la sangre del duque de Borgoña, que habia saltado hasta él.

Sin embargo, el señor de Montagu, que era partidario del duque, habia logrado escalar la valla, y gritaba: ¡Alarma! Noalles iba á salvarla tambien, cuando Narbona le partió por detrás la cabeza, cayó fuera del palco y espiró casi instantáneamente. El señor de San Jorge estaba profundamente herido en el costado derecho de un golpe de hacha. El señor de Ancre tenia la mano hendida.

En tanto que el combate y los gritos continuaban, en la tienda pisoteaban al duque moribundo, á quien nadie cuidaba de socorrer. Hasta entonces los delfineses mejor armados llevaban la ventaja; pero á los gritos del señor de Montagu, Antonio de Thoulangeon, Simon Othelimer y Juan de Ermay acudieron, se aproximaron al palco, y mientras que tres de ellos blandian sus espadas contra los de adentro, el cuarto rompía la valla. Por su lado, los hombres ocultos en la casa, salieron y llegaron en apoyo de los delfineses. Los borgoñeses viendo inútil toda resistencia, tomaron la fuga por la valla que habian roto. Persiguieron los delfineses y únicamente tres personas se quedaron en la tienda vacía y ensangrentada.

Eran el duque de Borgoña, tendido en el suelo y moribundo, Pedro Giac de pié, con los brazos cruzados y mirándole morir, y en fin Olivier Layet que conmovido con los padecimientos de aquel desven-

turado príncipe, le levantaba la cola de malla para rematarle por debajo con su espada. Pero Giac no queria ver abreviar esta agonía de que cada convulsion parecia pertenecerle; y cuando conoció la intencion de Olivier, con un violento puntapié le hizo saltar la espada de la mano. Asombrado Olivier, levantó la cabeza.

— ¡Sangre de Dios! le dijo riendo Giac, dejad morir tranquilo á este pobre príncipe.

Despues, cuando el duque hubo exhalado el último suspiro, púsole la mano sobre su corazon para cerciorarse de que se hallaba muerto, y como lo demás le importaba muy poco, desapareció sin que nadie fijase en él la atencion.

Sin embargo, los delfineses despues de haber perseguido á los borgoñeses hasta el pié del castillo, volviéronse atrás. Encontraron el cuerpo del duque tendido donde lo habian dejado, y á su lado al cura de Montereau, que de rodillas sobre un charco de sangre recitaba las oraciones por los muertos. Las gentes del delfin quisieron arrancarle aquel cadáver y arrojarlo al rio: empero el sacerdote levantó su crucifijo sobre el duque y amenazó con la cólera del cielo á cualquiera que osase tocar á aquel pobre cuerpo, cuya alma habia salido tan violentamente de él. Entonces Cosmerce, bastardo de Tanneguy, le descalzó de un pié una de sus espuelas de oro, jurando llevarla en lo sucesivo, cual una órden de caballería, y los criados del delfin siguiendo su ejemplo, le arrancaron las sortijas de que estaban sus dedos cubiertos, como tambien la magnífica cadena de oro que llevaba pendiente al cuello.

Permaneció allí el sacerdote hasta la media noche; despues únicamente á aquella hora con la ayuda de dos hombres, llevó el cuerpo al molino cerca del puente, lo depositó sobre una mesa y continuó orando á su lado hasta la mañana siguiente. A las ocho fué enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, delante del altar de san Luis. Estaba vestido con su gaban, sus botas, y el gorro echado sobre la cara. Ninguna ceremonia religiosa hubo en su entierro: sin embargo, por el descanso de su alma se dijeron doce misas en los tres dias siguientes. A la mañana siguiente del dia del asesinato del duque de Borgoña, unos pescadores encontraron en el Sena el cuerpo de madama de Gyae.

NAPOLEON.

En la tarde del 17 de febrero de 1814, los habitantes de Montereau habian visto amontonarse en su ciudad, tomar posicion sobre la altura que la domina, y extenderse en las llanuras que la rodean masas de Wurtembergeses tan compactas, que no podian calcular su número. Sentian aquellos hombres amargamente no ser mas que la retaguardia del triple ejército que perseguia á Napoleon vencido y á los quince mil hombres que le rodeaban aun: últimos restos que le servian mas bien de escolta que de defensa, y cada uno de ellos, fijando sus ojos ávidos sobre el curso del Sena, que huye hácia la capital, repetia aquel grito que todos hemos oido cuando niños, y que aun creemos oir; tan funesta expresion tenia en bocas extranjeras: ¡A París! ¡A París!

En todo el dia no habia cesado el cañon su terrible estruendo desde Mormant á Provins: pero indiferente el enemigo apenas habia fijado en él su